

Luis Sazatornil Ruiz (ed.). *¿Museos para quién? ¿Museos cómo? El caso de Santander y sus contextos*. Gijón: Ediciones Trea, 2024. 232 pp.

Juan Carlos Aparicio Vega

<https://dx.doi.org/10.5209/anha.103638>

La proliferación de centros museísticos a lo largo del globo, al amparo de la expansión del turismo cultural y urbano, constituye uno de los fenómenos más extendidos de las últimas décadas, si bien fue la consecuencia de una apresurada y desmedida construcción de contenedores, en no pocas ocasiones carentes de colecciones de interés y sin una línea artística reconocible.

El volumen que ahora comentamos, coordinado por el profesor Luis Sazatornil, es el resultado de una necesaria y reciente puesta en común mantenida en la capital cántabra entre expertos de diferentes perfiles, provenientes del ámbito universitario y del propio de la gestión de los museos y el colecciónismo.

Esta importante ciudad norteña, conocida y tradicional estación balnearia desde el siglo XIX en que se pusieron de moda los 'baños de ola' del mar Cantábrico, aunque ha mantenido su hermosa estampa finisecular pese a los efectos del devastador fuego de 1941, ha experimentado una reescritura de su oferta cultural. Así, ese mismo centro urbano, acomodado junto a la espectacular y extensa bahía santanderina, se ha poblado de un generoso y heterogéneo conjunto de equipamientos, principalmente de carácter museístico y expositivo, algunos todavía en construcción, que ya conforman lo que en el libro se define muy acertadamente como 'frente cultural', en lugar del tradicional 'frente marítimo', bien conocido. En este nuevo paisaje de mar, embellecido por los históricos Jardines de Pereda (1905), ya asoma desde 2017 el Centro Botín ideado por Renzo Piano, responsable de las trazas de nuevos museos o de sus ampliaciones dispersas por todo el planeta. Sin embargo, el primer ícono de esta renovación fue el Palacio de Festivales de Cantabria, proyectado por Francisco Javier Sáenz de Oiza y puesto en funcionamiento el año 1990.

La desvinculación inicial del Centro Botín de una colección de arte y su única dedicación a acoger exposiciones de calado internacional duró poco tiempo, pues el Banco Santander decidió trasladar sus nutridos fondos de arte al cercano *Edificio Pereda*, donde se presentará una colección permanente complementaria.

Tras el centro financiado por los Botín, otros proyectos comienzan a abigarrar el mismo entorno, con el ánimo de conformar un verdadero distrito cultural puesto al día. Entre todos sobresale el importantísimo Archivo Lafuente, que creció de forma exponencial durante el final de siglo y hasta el momento actual, lo que atrajo la atención del ya maduro Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, que lo adquirió y decidió mantenerlo en esta su primera sede fuera de Madrid como centro asociado.

Pero Santander es célebre por el valioso patrimonio ligado a las cuevas prehistóricas que se distribuyen por el territorio cántabro y son Patrimonio de la Humanidad, encabezadas por Altamira (Santillana) o El Castillo (Puente Viesgo), de la que se exhiben numerosos materiales en la espectacular sección habilitada para la prehistoria en el Museo Arqueológico Nacional. En el primer caso, el Estado levantó un centro museístico de su red (Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira), ubicado en Santillana del Mar. En cambio, en Santander tiene larga tradición y magníficas colecciones el Museo de Prehistoria de Cantabria, que también se adaptará al nuevo organigrama diseñado a partir del binomio Botín-Lafuente.

Este mosaico de museos en funcionamiento se completa con otros centros de diferente naturaleza, titularidad, calado y antigüedad que nos hacen pensar en el caso de Málaga, ciudad también volcada al mar que desde hace unos años alumbró una densa oferta liderada por uno de los museos de Carmen Thyssen, así como por sendas delegaciones del Pompidou parisino y hasta de un fondo de arte ruso. El objetivo, como sucedió en la Costa del Sol, es visibilizar a Santander como una sólida referencia en el ámbito museístico norteño y nacional.

En este punto conviene recordar el pionero caso de Bilbao, donde ya existía un destacado Museo de Bellas Artes (1907), que nueve décadas después hubo de convivir con todo un ícono de la arquitectura mundial del final del siglo XX, el Museo Guggenheim Bilbao de Frank Gehry, que, tras más de veinticinco años, ha consolidado una ambiciosa línea artística. El caso vasco benefició al tradicional Museo de Bellas Artes, ahora sometido a una ambiciosa ampliación de la mano de Norman Foster. Tampoco se puede obviar la destacada presencia de Artium en Vitoria-Gasteiz o del Museo de San Telmo y del Chillida-Leku en Guipúzcoa, reabierto tras una profunda crisis.

Esa misma Cornisa Cantábrica condensa un amplísimo elenco de museos, cada uno con sus singularidades y proyección. En Galicia, son considerables los fondos del Museo de Belas Artes da Coruña y el Museo de Pontevedra. Mientras, en Oviedo el Museo de Bellas Artes de Asturias ha logrado conformar una inesperada colección de arte español repleta de obras maestras que abarcan desde la Baja Edad Media al siglo XX y alimentada en parte por la dación Masaveu, familia que conserva en la ciudad la sede de la Corporación y parte de sus colecciones, muchas veces visibles en la Fundación María Cristina Masaveu Peterson de Madrid. Al mismo tiempo, la capital asturiana posee una singular colección arqueológica, con ricos fondos de la prehistoria y la protohistoria y materiales altomedievales de la monarquía asturiana, si bien el Museo Arqueológico de Asturias es una institución fallida e inerte. Ya en Gijón, ciudad dotada de una densa red museística creada especialmente en el último periodo de entresiglos, es exquisita la colección del Museo Casa Natal de Jovellanos y existen centros monográficos dedicados a Nicanor Piñole y Evaristo Valle, además del notabilísimo Museu del Pueblo d'Asturias.

Volviendo al caso que nos ocupa, este se halla inmerso en una tupida trama de museos diseminada por varias comunidades autónomas, entre las que está logrando diferenciarse. Esta oportuna publicación reúne una decena de ensayos a cargo de una nutrida nómina de especialistas, siendo el primer trabajo obra de Luis Sazatornil, que aporta una muy bien desgranada historia de la totalidad de la escena museística santanderina, sin obviar sus vicisitudes y variadas circunstancias, como traslados, proyectos malogrados y cierres, que aúna y afectan al interesante Museo de Bellas Artes municipal, sometido a unas alargadas obras. El estudio recapitula su necesaria contextualización en el panorama internacional y nacional. También es de utilidad el ramillete de construcciones principalmente de naturaleza o vinculación portuaria que han sido adaptadas para uso cultural y que, por tanto, completan una oferta que cuando esté en pleno funcionamiento habrá que coordinar y encajar.

Además, Javier Gómez (Universidad de Cantabria) facilita su visión del llamado “frente marítimo-cultural” a partir de una atinada y clarificadora explicación de la compleja dicotomía política que en estas décadas ha convivido en la capital autonómica, lo que originó efectos dispares.

El libro de Trea incorpora también las expertas perspectivas foráneas de Dolores Jiménez-Blanco y Javier Arnaldo. La primera ofrece una contextualización complementaria de las dos anteriores, apoyada en su extraordinario conocimiento del ámbito museístico español y de sus dinámicas de colecciónismo. Mientras, Arnaldo defiende la apuesta por la dimensión investigadora de los museos, en base a la feliz realidad que supone el Centro de Estudios del Museo Nacional

del Prado. Alfonso Palacio presenta en este marco la segunda fase de ampliación del referido museo de Oviedo, que dirigió por doce años. Roberto Ontañón recoge la historia y proyecto actual del Museo de Prehistoria y Arqueología y Julio Polo hace un inédito recorrido por los fondos de arte antiguo que están ahora diseminados por instituciones tan disímiles como la propia catedral santanderina, el MAS, Caja Cantabria y el Banco de Santander, la más fértil de todas.

Finalmente, el propio coleccionista José María Lafuente recapitula la historia de su proyecto (Archivo Lafuente), ya en manos del MNCARS, y Borja Baselga analiza la colección del Banco Santander, que desembarcará desde Boadilla del Monte en los próximos años. Elena Vozmediano cierra el libro aportando su habitual y cualificada visión crítica y erigiéndose en defensora de la necesaria colaboración y sostenibilidad de un circuito museístico en construcción que debe articularse con coherencia para ser comprendido.